

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	La esperanza entre la fe y la caridad
<i>Pedro Alurralde</i>	17	El monje y la esperanza
<i>Jean-Louis Brugues</i>	21	El arte de durar
<i>Alberto Espezel</i>	33	Esperanza y purificación en la teología contemporánea
<i>Xavier Tilliette</i>	43	Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza
<i>Carlos G. Hoewel</i>	51	Para una espiritualidad ante la muerte
<i>Santiago Kovadloff</i>	59	Lo peor ya pasó
<i>Olegario González de Cardedal</i>	67	Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística
<i>Leonardo Cappelluti</i>	84	Iglesia, Eucaristía e Inculturación

Para una espiritualidad ante la muerte

*por Carlos G. Hoevel**

Muerte

Me he preguntado muchas veces qué es la muerte. Aunque soy joven, no lo soy tanto como para no haber visto a lo largo de mi vida algunas muertes: en mi propia familia o fuera de ella, súbitas o lentas, rodeadas de desesperación y desconsuelo o llenas de paz. Pude observar el sufrimiento de los que quedaban, y hasta compadecerlos, es decir, compartir con ellos algo de su dolor. Sin embargo, en definitiva, sólo había tenido hasta ahora “noticia” del “fenómeno” que los hombres llamamos con el terrible nombre de “muerte” o del “morir”.

Pero hace algunos meses un hecho poderoso trastornó brutalmente toda mi experiencia anterior: la muerte de mi madre. Su muerte no fue para mí, claro, “una” muerte, como lo habían sido todas las otras, muertes numerables, clasificables, reducidas a ser, en el fondo, un suceso más en el transcurrir de la vida. Al morir mi madre escuché por primera vez un saludo largamente temido: “¡Esta vez soy yo, verdaderamente, soy la Muerte!” Y conocí a la muerte. Cuando la miré a los ojos la reconocí de inmediato, no hizo falta presentación. Era ella sin duda, la muerte en persona, de cuerpo entero.

Desde ese entonces vivo inmerso en la muerte. En efecto, lo primero que aprendí de la muerte es que ella es absorbente, enormemente celosa de quienes tienen la desgracia de encontrársela. A diferencia de las “otras” muertes, las muertes “ajenas”, la verdadera muerte no se deja relegar en el pasado ni olvidar en un rincón. Ella es, claro está, un hecho de la vida, un “factum” histórico. Pero a medida que uno la va conociendo me-

*Profesor de Filosofía.

mejor, percibe que sus dimensiones superan en mucho las del tiempo y espacio limitados del suceso puntual (el momento preciso de la muerte) en que manifiesta de manera visible y material su horrible poder. Para quienes quedamos, la muerte continúa después de la partida del ser amado. Se transforma en una realidad de la que no se puede huir ya que lo abarca todo: de atrás hacia adelante, de arriba a abajo, del principio al fin.

Esta "inmersión" en el seno de la muerte es tan penosa que uno está tentado a desear el "querer morir también". Hay quienes, por desgracia, permanecen en este triste estado de "muerte en vida" por mucho tiempo y algunos, incluso, hasta el fin. Sin embargo, este dominio brutal y omnicomprendido de la muerte sobre los que quedan abre también una posibilidad. Es lo que aprendí a ver como lo que podría llamarse una "espiritualidad ante la muerte".

Espiritualidad

Me parece que el sólo hecho de vivir necesita de una espiritualidad. Al menos según el modo en que yo entiendo este concepto. "Espiritualidad es, según creo, la manera en que el espíritu encara la vida. En su dimensión cristiana "espiritualidad" es algo mucho más hondo. Para el cristiano, las cosas que nos pasan en la vida no son hechos fortuitos, fruto del azar o de alguna causa impersonal. Detrás de cada hecho vemos a Dios como último responsable, como la mano ejecutora de los bienes o males que nos afectan. De este modo, cada experiencia de vida se transforma en un encuentro (o desencuentro) con el Creador del Universo. La historia de la espiritualidad cristiana es el drama de la aceptación feliz o de la negación rebelde y trágica del ser humano ante su Creador. Pero como todo drama, tiene sus momentos "triviales" (aunque, ¿puede llamarse así a algún momento de nuestra vida?) y otros culminantes. El encuentro con la muerte es, seguramente de éstos últimos.

Por mi experiencia personal pude comprobar que la experiencia de la muerte de una persona querida conduce de una manera directa a una toma de posición por parte del espíritu que es imposible evitar. Aunque no se quiera, la conmoción ante la muerte es de tal magnitud, que genera casi necesariamente su propia espiritualidad. Me atrevo entonces a exponer aquí algunos pensamientos generales que me parece que tienen que

ver con esta espiritualidad. No obstante, guardo para mí todos los frutos personales que vivo desde la muerte de mi madre y que no puedo ni tendría sentido expresar aquí, y expongo sólo aquello que creo es común a todas las personas que se han encontrado con la muerte.

Mal absoluto

La primera impresión ante la muerte es que ella es el mal. Entiéndase bien: no cualquier mal, un mal entre otros, sino el mal por excelencia, el mal absoluto. Todos los otros males palidecen delante de la muerte. Enfermedad, conflictos, peleas, odios, frustraciones parecen insignificantes. Minucias. La muerte barre con todos ellos. Casi parecen bienes si los comparamos con la muerte ya que al menos dejan lugar a la presencia de la persona. Por otra parte, todo mal, en último análisis, adquiere su carácter de tal por su parentesco con la muerte: son “pequeñas muertes” detrás de las cuales amenaza la muerte final.

La filosofía enseña que el mal no es una realidad positiva, no hay “cosas” malas; por el contrario, el mal estriba en que a una cosa (o a una persona) que en sí es un bien, le falte algo de su realidad constitutiva. Es, por tanto, el mal algo curioso y original precisamente por el hecho de que su realidad consiste en su falta de realidad (falta de vista, falta de salud, falta de amor, etc.). No obstante, en virtud de su misma esencia, el mal no puede existir por sí mismo; ¿cómo podría sostenerse si no es nada? Por lo tanto, decimos que su ser es una ausencia, una nada, pero incrustada en medio del ser. En consecuencia, la presencia del mal en el mundo tiene esta compensación: siempre va acompañado de un bien. ¿De qué otro modo podrían consolarse los pobres, los enfermos, los inválidos sino pensando “no tengo esto, pero tengo lo otro” que es, en definitiva, el consuelo de cualquiera para todo mal en general?

Pero ante la muerte no sentimos lo mismo. Con ella parece borrarse *todo* el ser. No queda nada. Así de sencillo. ¿Compensación? ¿Consuelo? ¿Mirar el problema de otra manera? Nada. La muerte se presenta como el mal absoluto, la nada total.

Pero la muerte es terrible, ante todo, porque nos arrebatada a las personas. Es verdad que lamentamos la falta de cualquier bien. Pero la muerte de una persona a quien comprendimos, con quien compartimos sus gustos, sus amores, sus miedos, sus es-

peranzas, su manera singular de ver al mundo, representa un dolor incomparablemente mayor. Muchos han dicho que la persona humana es un universo. Y es cierto. Presentimos que la movilización de las energías más profundas del universo entero y aún el descenso de Dios mismo en persona estarían justificados por salvar la vida de este pequeño pero único ser humano que hemos conocido y amado. Su muerte, considerada como una desaparición total y perpetua, es, en cierto modo para nosotros, el fin del universo.

El espanto ante la muerte lleva a muchos a querer borrarla, suprimirla, no admitir su realidad. Un viejo método es la sustitución, la imagen antigua y siempre vigente de la gran rueda. Ya en el siglo III el gran Orígenes tuvo que enfrentarse con este planteo representado por el estoico Celso. "La vida es una gran rueda en la que todos giramos, los que nacen sustituyen a los que mueren y los siguientes, a su vez, etc... y así hasta el infinito. Es cierto que las personas perecen, pero esto es normal ya que gracias a ello dejan paso a los que vienen tras ellos y permiten que la vida siga su curso". La muerte queda así "normalizada", más aún, entronizada como aliada de la vida. Pero el precio de esta "solución" es caro: la negación del valor absoluto de la persona que ha muerto y la consecuente represión de todo afecto dirigido hacia ella: "¡Bah! Ya se ha ido. No existe más. Ya habrá otras personas a quienes amar. Sigamos adelante. Es pasado. No se hable ya nunca más de ese asunto."

Pero nuestra alma no ama a "la vida", ni a un "eterno fluir", sino a la persona concreta que ha muerto. Y si la ha amado verdaderamente, la seguirá amando para siempre, para toda la eternidad. No hay nuevas personas que puedan sustituirla. El hueco de su ausencia no se llenará nunca de esta manera. El "otro" que venga a reemplazarla será siempre "otro" y nunca el mismo que se fue. Ante este hecho innegable, el intento de sustitución es un engaño y revela nuestra resistencia a comenzar el camino espiritual de la muerte que sólo puede ser hacia "arriba", hacia la eternidad.

Inmortalidad

La única solución para el problema de la muerte o, por lo menos, para un principio de su aceptación por nuestra parte, es la inmortalidad. Pero entiéndase bien: no una inmortalidad

vaga y difusa, sino la inmortalidad del alma individual. Una vez ví a una mujer quien, ante la pregunta de su nieto por el abuelo muerto, sonrió y señaló en el cielo una estrella brillante que cada tanto asomaba, fija, entre los densos nubarrones en movimiento. Me pareció una buena imagen ya que de manera análoga la razón y la fe saben que todo pasa en esta tierra, pero también el alma de la persona querida permanece. Este es el único pensamiento que puede detener la desesperación. De otro modo sobreviene una angustia ante la nada que no tiene remedio. El “pasar a otra cosa”, “olvidar el asunto” son huidas para no enfrentar el hueco pavoroso que deja la muerte. Pero fijar la mente en la inmortalidad del ser amado es base segura, consuelo real.

Del pensamiento de la inmortalidad del alma brotan muchos frutos. El más general es metafísico. La muerte ya no es la nada, la ausencia absoluta. Todos los “restos” de la persona, que antes repugnaba el sólo mirarlos, se tornan “signos”, señales de algo otro imperecedero que ha quedado “más allá”. El cuerpo frío, la tumba, las pertenencias personales ya no son únicamente suscitadores de un “recuerdo”, son signos de una persona viva que, inmortal, está presente realmente en un “lugar” inaccesible, pero cierto.

De esta forma, la muerte introduce la trascendencia en “casa”. Lo que antes eran objetos cotidianos, opacos, sin significado alguno más allá de sí mismos, se trocan en pequeños “sacramentos”: una fotografía, un sillón, un estuche, un reloj. Ellos ya tienen, en cierta forma, un lugar en la eternidad. Se vuelven así asombrosamente eficaces para llevarnos hasta el Cielo.

La misma ausencia cambia su aspecto. Al principio era el signo de la injusticia misma. La prueba de la falta de sentido de todo. Aún si la existencia de Dios quedara en pie, sin la inmortalidad del alma, esta misma existencia resultaría un escándalo. Dios sería el verdugo del hombre, el ejecutor de la injusticia. Pero si el alma es inmortal, sabemos que la injusticia no es total, y hasta nos inclinamos a pensar que es lícito esperar, soportando la ausencia, hasta una restauración final.

La naturaleza —dice el adagio científico— siente horror al vacío. Y en un mundo sin signos como el actual (Sartre, posmodernidad, etc.), sin formas sagradas que nos eleven más allá, el nombre supremo del vacío es Dios. No es que no exista, no. Peor aún, está, pero es un hueco, tan de cartón que da pena y bas-

tante fastidio mirarlo. Cuando todo es “nada más que este mundo” y, más aún, un conjunto de “cosas huecas y aburridas”, el Dios que preside todo aquello se presiente también hueco y aburrido. Por eso la naturaleza humana, tal como la tratamos (maltratamos), está enroscada sobre sí misma, encerrada en su caparazón, como un caracol que teme todo lo que viene del exterior. No queremos saber nada de nadie ni tampoco de Dios. Sólo hacemos una excepción con los amigos, la familia, etc.; en una palabra, con aquellos que son como nosotros: “en estos días, donde hay tan poco que ver allí afuera, más vale quedarse en casa, con los nuestros, etc.”

Pero cuando “uno de los nuestros” se va y sentimos que “es el fin del universo” no hay más remedio que ir afuera a buscarlo. ¡Tamaño sorpresa si a lo lejos, “más allá”, vemos a nuestro amigo, nuestra madre, nuestro hermano, aquel con quien conversábamos en este mismo sitio hace unos días sobre trivialidades, sentado con el Dios Eterno, con los ángeles, con toda la teología entera!

Para quien acepte la inmortalidad del alma, que es la presencia del alma eternamente y “más allá”, la muerte de un ser querido es el comienzo de un camino hacia Dios. De ahora en más, cada evocación de “él” o de “ella” será también de “Él”.

Resurrección

La muerte tiene también otras caras terribles: el silencio y el frío. “Está bien. Se ha muerto, lo acepto. Es algo terrible, la ausencia, el dolor... Pero, aún podremos vernos, ¿no es cierto? No pido que vuelva a la vida. No soy tonto. Pero pido un encuentro corto, al menos. Más bien: exijo ya mismo estar con él, poder tocarlo, abrazarlo... Tiene que tomarse en cuenta que después de tantos años juntos no puede irse así como así. Siempre que estaba en la tierra nos hablábamos, nos contábamos todo, no pasaba un día en que... Bueno, muy bien, no pido un encuentro personal, sólo una conversación telefónica, para oír su voz, saber si está bien, si se encuentra cómodo en el nuevo lugar, si nos extraña mucho, si es feliz... ¿usted me entiende, no?... No, no, parece que no me entiende nada; es como si hablara a una pared, como si le estuviera pidiendo a Usted una insensatez, pero no... ¡que alguien responda! ¡No soporto más este silencio! ¡Ya no!”

Aunque la fe en la inmortalidad y su demostración filosófica son poderosos consuelos ante la muerte resultan, sin embargo, incompletos. La "visión" de la inmortalidad trae ciertamente sentido y luz, pero es impotente ante el frío y el silencio de la muerte. Podemos ver las escenas del Cielo en la lontananza, sin embargo, ellas parecen ocurrir como un espectáculo bello pero mudo. Es común un cierto sentimiento vago de rencor hacia los muertos por vivir en su mundo, indiferentes, sin responder jamás a nuestras preguntas y sentimientos. Y este rencor alimenta otro rencor aún más secreto hacia el presunto culpable de esta frialdad y falta de respuestas: Dios.

No hay que olvidar que el hombre vivió (y aún vive en muchos lugares) durante mucho tiempo en un mundo así: un cosmos bello y ordenado, pero frío y silencioso. Incluso Platón, que impidió para la Antigüedad (al menos la clásica) la caída en la desesperación y vislumbró la eternidad, contempló un mundo de Formas sin sonido, sin palabras, como en las antiguas películas del cine mudo. Es cierto que la creación está preñada de palabras: la naturaleza canta la Gloria de Dios, etc. Pero no es suficiente.

Con la muerte de un ser querido sufrimos la amputación brutal del alma y la sangre, un haz de las fibras más íntimas del espíritu quedan "al aire", electrizadas, vibrando aún con la vida del que se fue. Nuestra naturaleza encarnada reclama entonces no sólo una "visión distante", sino una respuesta viviente, cercana y personal.

Hay una única respuesta así para el hombre en la historia y ésta es Cristo Jesús.

"Un profundo silencio lo envolvía todo,
y en el preciso momento de la medianoche,
tu Palabra Omnipotente de los cielos, de tu trono real,
cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra
destinada a la ruina." (Sab. 18, 14-15)

Esto es así porque la verdadera respuesta a la pregunta que se hace cada hombre por el destino de sus amigos y su propio destino después de la muerte debía venir del "más allá" (toda palabra dicha aquí nunca es verdadera respuesta), es decir, ser pronunciada por el mismo Dios, pero además, debía ser una palabra humana, dicha por una lengua y labios de carne

para que nuestros oídos pudieran escucharla y sentir su calor. Esta respuesta, divina y humana a la vez, es Jesucristo.

“Nadie volvió jamás de la muerte”. La imaginación de la humanidad tejió siempre historias sobre aparecidos o viajes de ida y vuelta al mundo de los muertos (Eneas, Dante, Milton). Aún hoy se explota este terrible sentimiento de falta de respuestas. Sólo quien es cristiano ha escuchado una respuesta confiable y verdadera. Pero ante todo el carácter central de la respuesta de Jesucristo reside en que es una respuesta completa. Él ha bajado realmente al mundo de los muertos, pero no para traernos la noticia de que nuestros seres queridos son ahora, “sombras” o almas vagabundas. Su misión fue nada menos que aniquilar a la muerte. Su Resurrección, que es su victoria total sobre la muerte, tanto la Suya como la de todos los hombres, es la respuesta absoluta al problema de la muerte.

Cristo Resucitado. Viviente hoy es el único “muerto” que puede hablarnos sobre nuestros amigos que se fueron y calmar nuestra ansiedad al anunciarnos el reencuentro final en cuerpo y alma. En “nuestro mundo” es posible, o al menos lo intentamos, amar a alguien y olvidarse completamente de Dios. Es un amor natural, legítimo, pero incompleto. Tras el paso de la muerte y en la inmortalidad, ese amor que profesamos a un ser humano, que si es verdadero durará para siempre, también se lo tributamos a Dios. No creo que esté bien decir que Dios destruye nuestros afectos naturales y los troca en “amor sobrenatural” hacia Él (¿Lewis?). Me parece que Él se sirve de nuestro amor apasionado por quienes han muerto para que este amor haga crecer nuestro amor hacia Él. Pero sólo un Dios Encarnado podría calmar nuestros afectos tan humanos y volverlos divinos.

De modo que la muerte, en apariencia un acontecimiento oscuro y tétrico de la existencia, puede resultar para un cristiano la posibilidad de abrirse al Misterio entero de la Salvación en donde están incluidos él mismo y todos los que ha amado sobre esta tierra. Tal como ocurría en aquellas novelas en donde la separación era un motivo de una felicidad infinitamente mayor en el reencuentro.